

dad si faltan los esfuerzos constantes y sinceros para llegar á la perfección.

Cese, pues, el mundo de despreciar la humildad de una vez para siempre; antes bien, aprenda á conocer cuán humano es el camino que conduce á la perfección sobrenatural, y, en el fondo, cuán fácil es, por no decir natural, la elección del mismo.

Por sublimes y elevados que sean los fines que la fe indica á nuestro espíritu, la vía que á ellos nos conduce, á saber, la confesión de nuestra propia miseria, está perfectamente adaptada á nuestra debilidad. Todos, sin duda alguna, podemos humillarnos. Mas cuando se ha hecho esto, hase hecho lo más difícil. ⁽¹⁾

¿No puedes trabajar? Puedes humillarte. ¿No puedes ayunar? Puedes humillarte. ¿Careces de lágrimas para llorar tus pecados? Puedes humillarte. ¿No puedes orar? Puedes humillarte. ¿Es frío tu corazón y poco accesible á la caridad? Puedes humillarte.

Humíllate, pues, ante la sabiduría, la omnipotencia y la santidad de Dios,—y ciertamente no es una vergüenza humillarse ante ellas—y estarás en buen camino para corregirte, para llegar á la perfección y al reino de Dios.

(1) Dorotheus, *Doctr.*, 2.

APÉNDICE

EL PUNTO CRÍTICO EN LA VIDA ESPIRITUAL

1. Producción inquietante en materias de obras ascéticas.—La queja del sabio: «No hay límite en la multiplicación de los libros», ⁽¹⁾ aplícase, no sólo á las obras de filosofía moral, sino á toda suerte de escritos ascéticos.

Bajo ciertos aspectos, el espectáculo es regenerador, por cuanto prueba que es considerable la necesidad de instruirse en las cosas espirituales, y que, en los negocios del alma, la dirección ocupa un puesto distinguido.

Pero, desde otros puntos de vista, produce una especie de tristeza, porque bien puede decirse que hay necesidad de restringir mucho el número de las obras verdaderamente serias de esta especie, pues, de lo contrario, no se reclamarían siempre otras nuevas.

Sea de ello lo que se quiera, una cosa hay cierta, y es que la oferta supera de mucho á la demanda, y que, desde este simple punto de vista, prodúcese una baja en el valor de los productos indicados.

En presencia de este hecho, nos atrevemos á rogar á los que tienen autoridad para ello que vigilen severamente la literatura ascética ⁽²⁾ en bien de la verdad, á fin de fomentar la sana piedad y conservar el honor del nombre cristiano.

2. Diversas tendencias en el mundo de la ascética.—Pero, al hablar así, no queremos perjudicar la libertad ajena, ni predicar un rigorismo falso y un puritanismo dañino.

(1) Eccli., XII, 12.

(2) Véase más arriba, III, 3.

«Donde reina el Espíritu de Dios, reina la libertad». ⁽¹⁾ ¿Por qué en el dominio de la piedad y de la vida espiritual habría de cortarse todo por el mismo patrón? ¿Por qué habría que reedificar siempre aquí lo viejo, y no permitir á la antigua verdad presentarse bajo una nueva fisonomía? «Cosa dañosa es beber siempre vino, ó siempre agua, al paso que es grato el usar ora de uno, ora de otra». ⁽²⁾ Pues precisamente en las cosas que miran á la dirección, á la conducta moral, es excelente tener siempre ante la vista, con la más completa imparcialidad, los modelos más acertados, á fin de poder imitarlos.

Confesamos que también en esta materia seguimos nuestro principio favorito: «Yo entro á la parte con todos los que te temen y observan tus mandamientos». ⁽³⁾ De aquí que no veamos la necesidad de vituperar las diferentes vías que hacen seguir á sus lectores.

Bueno es el método de oración de San Ignacio. Los de San Francisco de Sales y de San Pedro de Alcántara lo son también. Lo mismo ocurre con los de San Alfonso de Liguorio y de M. Olier. La doctrina espiritual de Alfonso Rodríguez conduce á la salvación. Los escritos de Scupoli y de Luís de Granada conducen igualmente á ella. ⁽⁴⁾

«Hay, sí, diversidad de dones espirituales, más el espíritu es uno mismo; diversidad de ministerios, más el Señor es uno mismo; diversidad de operaciones, mas el mismo Dios es el que lo obra todo en todos. El mismo espíritu es el que produce todos los dones, repartiéndolos á cada uno según quiere». ⁽⁵⁾

En esto, no hay más remedio que admirar la sabiduría y bondad de Dios, que se acomodan al carácter propio del hombre.

(1) II Cor., III, 17.

(2) II Macc., XV, 40.

(3) Psalm. CVIII, 63.

(4) El índice completo, ó sólo á medias, de la bibliografía ascética, ocuparía demasiado espacio. Sin embargo, hay en este tomo indicados en diferentes partes tantos nombres, que el lector por lo menos puede tener conocimiento de los autores más importantes, así como de sus obras.

(5) I Cor., XII, 4-6, 11.

Sin duda que todos los hombres están igualmente destinados á la salvación, pero todos no se parecen. Más todavía: un mismo hombre no se parece siempre. Lo que entusiasma á uno, deja frío á otro. Hoy se mira una cosa con indiferencia; mañana con gran interés. La sabiduría de Dios sabe esto perfectamente, y la bondad divina obra en consecuencia.

Pues bien, en esta mirada pedagógica, la palabra de Dios varía constantemente los medios que emplea para determinar á pensar en nuestra salvación. Un día procura enternecer el corazón, en tanto que otro lo golpea rudamente. Ora brilla como el sol, ora amenaza como una nube en el horizonte. Ya predica la contrición, ya el espíritu de sacrificio, ya la necesidad de imitar á Dios. Inculca aquí la fe, allí la caridad; aquí la oración, allí las obras; aquí lo interior, allá lo exterior. Los medios son diferentes, pero el fin es el mismo: la salvación de las almas y el honor de Dios.

3. Para todos existe un punto crítico común.—En definitiva, si nos fijamos con detención en ellos, veremos que los diferentes medios tienden todos á un mismo fin. Con seguridad que no consideramos suficientemente este punto, ni le damos la importancia que merece.

De un lado, nos muestra, para nuestro mayor consuelo, cuán sencilla es en el fondo la vida espiritual, tan complicada en apariencia. De otro, hácenos ver cuán fácilmente puede extraviarse uno en este camino, á pesar de las muchas prácticas de piedad, si no se fija en aquello de que todo depende aquí. Por eso podemos decir muy bien que, al presente, nos hallamos en presencia del punto crítico en la vida espiritual.

Según lo que ya hemos visto, nadie puede poner en duda que, en esta cuestión, se trata de la humildad. Tomemos, por ejemplo, un alma entusiasta de austeridades y mortificaciones. Ciertamente, esta vía conduce al cielo. Los santos, como Elías, Juan Bautista, Efrén y Pedro de Alcántara, son prueba de ello. Nada, pues, tenemos que

objetar á la dirección espiritual que toma nuestro amigo, porque el espíritu de Dios, que sopla donde quiere, se la ha sugerido. Pero aquello de lo que todo depende consiste en que siga esta inclinación de conformidad con las inspiraciones del Espíritu de Dios. Ahora bien, el Espíritu de Dios penetra hasta el fondo, y de aquí la obligación de no contentarse con lo superficial, sino de llegar hasta donde el Espíritu de Dios quiere conducirlo.

Pero he aquí que nuestro amigo abre generosamente su alma al soplo del Espíritu Santo, que le obedece dócilmente cada vez que le dice que abrevie su sueño, que se rehuse un buen trozo, etc., y aun que coge con verdadero entusiasmo las disciplinas y otros instrumentos semejantes de penitencia. Pero de repente se pone de muy malhumor cuando se le sirve en la mesa algo que no es de su gusto, cuando unos pasos pesados le amargan la siesta, cuando el criado descuida en su servicio una cosa con la cual está ilusionado, cuando un amigo no le guarda las consideraciones á que cree tener derecho. Y vedlo aquí desconcertado, aniquilado, cuando se le pide un sacrificio relativo á la distribución de su tiempo, á un placer, á una fantasía, ó cuando el bien común exige de él que renuncie á la oración, ó á una comodidad privada, que salga de su retiro, etc.

Y cuando, por otra parte, queriendo Dios herirle en lo vivo, le obliga á experimentar los efectos de una censura, de una humillación, de una falta de aprecio, he aquí que se rebela, se resiste y se revuelca por el suelo presa de impotente cólera.

Evidentemente, nuestro amigo, con todo su amor por la mortificación, no ha alcanzado el punto crítico, es decir, la mortificación de la voluntad, ó por mejor decir, la sumisión á Dios, á las cosas y á los hombres por amor de Dios, en otros términos, la humildad de la voluntad.

Siempre y en todas partes lo mismo. He aquí lo que siempre y en todas partes constituye el punto crítico, del

que depende el valor de los medios empleados para llegar á la perfección, así como la solidez de la virtud.

Bueno es orar, y aun indispensable. Pero el que no ha alcanzado este punto crítico, ora cuando le place, y no ora en el caso contrario, y muéstrase desabrido cuando se le estorba en este ejercicio. En una palabra, ora para satisfacer su propia voluntad, no para cumplir la voluntad de Dios.

Mientras uno no ha franqueado este punto crítico, en vano se le hablará de sacrificio, pues apenas si comprende lo que esta palabra significa.

Sin esta condición preliminar, posible es que obedezca mil veces en las cosas que le agradan, ó que se ofrezca á hacerlas sin que se lo exijan. Pero, si quien tiene derecho á mandarle, olvida por casualidad pedirle su consentimiento en un asunto enojoso, no tardará en sacudir el yugo de Dios.

Así, pues, todo lo recomendado en la Escritura y en las obras de los santos como medio para fomentar la vida espiritual, es bueno. Pero en la práctica, todas estas recomendaciones no tienen su significación exacta y querida por Dios, así como no entrañan un efecto saludable, sino en el caso de que hayan sufrido la prueba del punto crítico.

Sin la inteligencia de este punto, el celo por la pureza del corazón degenera en una especie de idolatría personal, la fidelidad á los mandamientos en fariseísmo, la austeridad de la penitencia en rigorismo, la humildad en hipocresía, la imitación de Jesucristo en caricatura del Salvador, los impulsos é inspiraciones del Espíritu Santo en ciego fanatismo y en adhesión el sentido propio. Sólo el que ha sufrido la prueba de que hablamos, esa prueba que suaviza al alma y la hace apta para formarse según las intenciones de Dios, es capaz de cualquier sacrificio; se convierte en dócil instrumento en manos de Dios, imita á Cristo con fidelidad siempre mayor, y recibe en su alma la impresión del sello con que el Espíritu Santo se-

ñala en último lugar, para la eternidad, las obras de su actividad artística.

4. Breve resumen de la vida espiritual.—Si tuviéramos que resumir brevemente toda la doctrina de la vida espiritual, creeríamos poder hacerlo en dos palabras: humildad y oración.

La humildad hace al hombre apto para recibir la acción de Dios; la oración le eleva á Dios y hace que Dios descienda á él.

La humildad trabaja el terreno del corazón humano para hacerlo capaz de recibir la semilla de la gracia divina; la oración aporta la semilla, la hace germinar y madurar.

No es fácil decir qué es lo más importante, si la oración ó la humildad. Pero dos cosas son ciertas: la oración misma no es verdaderamente eficaz más que cuando prospera en el terreno de la humildad; pero para que la humildad prospere, hay que orar mucho y orar bien.

CONFERENCIA XI

NECESIDAD DE DIRIGIR EL ESPÍRITU

ÚNICAMENTE Á DIOS

1. Unidad de las vías de Dios, particularmente en asuntos morales.—Cuanto más se ocupa uno en las cuestiones que dicen relación á la vida espiritual, y más estudia su importancia, mayor es la admiración por la homogeneidad del espíritu que domina este vasto dominio, y por la lógica inexorable con que va progresando gradualmente.

Los que censuran á la doctrina cristiana de la perfección que le falta homogeneidad y sencillez, ⁽¹⁾ muestran que, en esta materia, jamás han llegado más allá de los primeros ensayos. Semejante juicio se parece mucho á un profano, que, después de lanzar una somera ojeada á un terreno de construcción, en el que distingue aquí y allá bases de pilares y lienzos de muros, exclama encogiéndose de hombros: «¿Y todo este caos ha de convertirse en una catedral?»

Si esperase á la terminación del edificio, ó si fuese capaz de estudiar el plano del mismo, no tardaría en ver cómo las diferentes partes, que con frecuencia distan mucho entre sí, están calculadas para que se adapten las unas á las otras del modo más exacto, y cuán armonioso y homogéneo es el conjunto que forman.

Sí, Dios es un grande y sabio arquitecto. Vésele en todas sus obras, ya pertenezcan al mundo visible, ya al espiritual. La nota característica de su actividad es siempre la sencillez en la diversidad y la homogeneidad en la plu-

(1) Vornemann, *Christliche Vollkommenheit nach katholischer und evangelischer Auffassung*, 15.